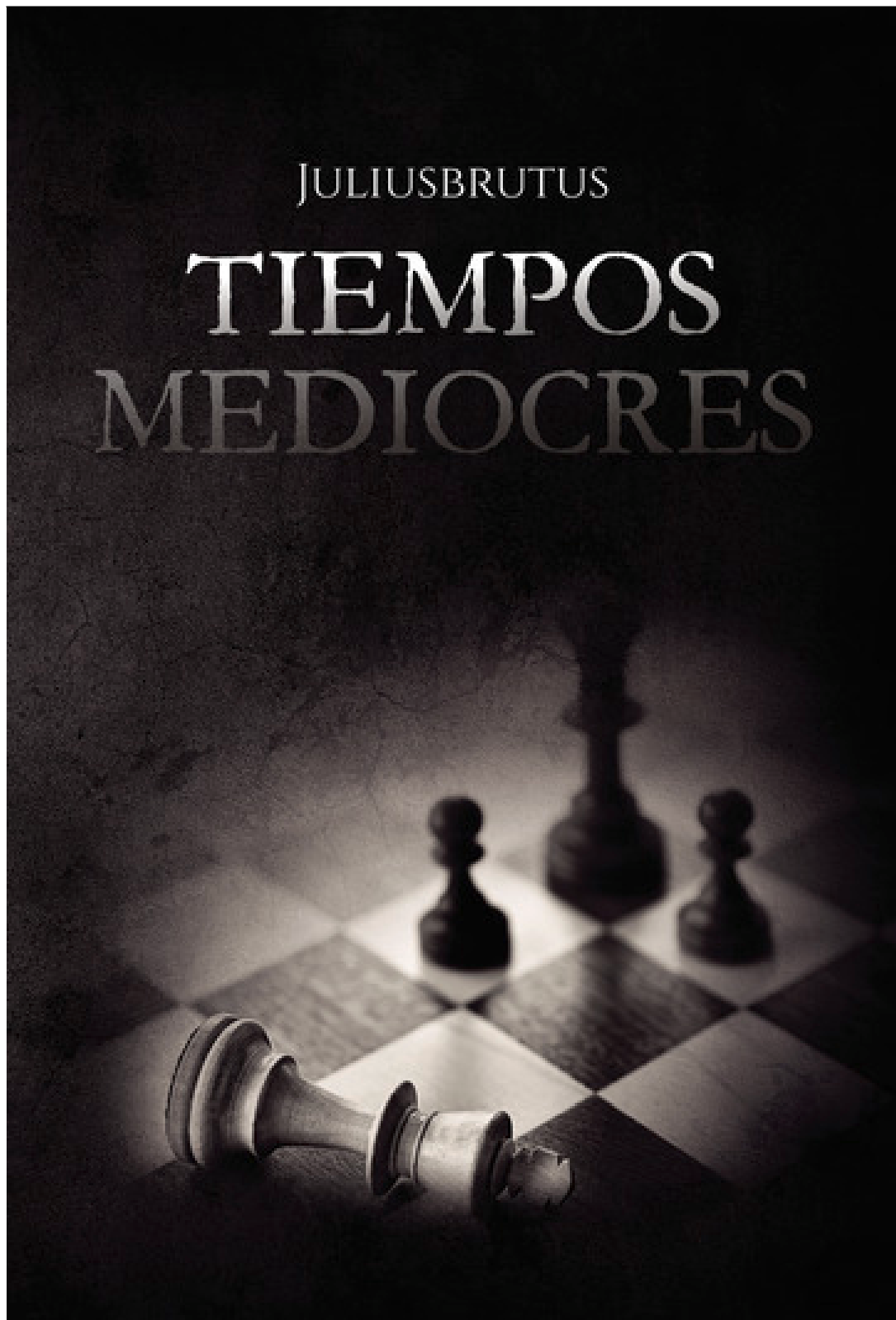


JULIUSBRUTUS

# TIEMPOS MEDIOCRES



---

Primera edición: mayo 2021

Depósito legal: AL 1122-2021

ISBN: 978-84-1398-909-9

Impresión y encuadernación: Editorial Círculo Rojo

© Del texto: Juliusbrutus

© Maquetación y diseño: Equipo de Editorial Círculo Rojo

© Fotografía de cubierta: Depositphotos.com

Editorial Círculo Rojo

[www.editorialcirculo rojo.com](http://www.editorialcirculo rojo.com)

[info@editorialcirculo rojo.com](mailto:info@editorialcirculo rojo.com)

Impreso en España — Printed in Spain

Editorial Círculo Rojo apoya la creación artística y la protección del copyright. Queda totalmente prohibida la reproducción, escaneo o distribución de esta obra por cualquier medio o canal sin permiso expreso tanto de autor como de editor, bajo la sanción establecida por la legislación.

Círculo Rojo no se hace responsable del contenido de la obra y/o de las opiniones que el autor manifieste en ella.

El papel utilizado para imprimir este libro es 100% libre de cloro y por tanto, **ecológico**.

---

---

*A mis hijas, María y Lucía.*



---

«Cuando, reunido con varios interlocutores, más de uno me da la razón, de súbito pienso que estoy equivocado».

ÓSCAR WILDE,  
*Aforismos.*



---

## PRÓLOGO

Tiempos Mediocres es un grito contra el momento convulso que vive la humanidad, una época que recuerda los aciagos años de la primera mitad del siglo anterior. Unos tiempos aquellos en los que el sistema económico y social entró en crisis y el mundo en guerras de una destrucción sin parangón histórico. Dos escritores de esos años han dejado su impronta en mi manera de pensar, D. H. Lawrence y George Orwell. El primero anticipa en su *Apocalypse* la hecatombe de la Segunda Guerra Mundial, criticando la ceguera de los políticos de los treinta. Cito su obra póstuma: «... el instinto de lo heroico se va debilitando en todas las democracias; la historia lo demuestra. Entonces los hombres se ponen en contra de la llamada del heroísmo; tan solo escuchan la voz de la mediocridad, solamente empuñan la daga ponzoñosa del poder insensible y abusador de esa mediocridad: algo perverso. De ahí el éxito de políticos de casta inferior, incluso canalla...». El segundo, con una visión inconmensurable de la realidad de su tiempo, alumbra su obra final *1984*, muriendo a los pocos meses de su publicación. En ella nos deja los juicios más impactantes pero visionarios acerca de la abolición de las democracias, de la guerra permanente, del encogimiento del espíritu humano y de la perversidad de una clase política cruel y mediocre que inventa el Gran Hermano como dirigente ficticio y global.

No hubo que avanzar demasiado hacia el horror tras la publicación del *Apocalypse* de Lawrence: consolidado ya el fascismo italiano, sobreviene en 1931 la abdicación del rey de España y la secuencia República — barbarie vengadora — Frente Popular — guerra civil; el triunfo de Hitler en Alemania, fagocitando a la socialdemocracia, las secuelas de

---

la Gran Depresión, paro masivo y pobreza en el Occidente orgulloso, el antisemitismo en Alemania, el vergonzante pacto de Múnich..., y finalmente la gran guerra, seis años de bombas y muerte hasta lograr un holocausto de más de cincuenta millones de personas.

Y como el hombre no aprende de su historia y repite, incansablemente, los peores periodos, en los tiempos que corren surgen señales, presagios inequívocos de que las cosas no van bien, nada bien. El gran estancamiento económico depresivo atenaza la economía global. El yihadismo enciende todas las alarmas, el calentamiento global amenaza las ciudades costeras, la mismísima civilización occidental y la mediocridad rampante de las gentes y de sus políticos campa por sus respetos. Se cumple la maldición del Gran Hermano a la que se refería Orwell, el que le conocía bien por cercanía, Churchill, quien habló, entre otras muchas cosas, de que «los pueblos tienen los gobernantes que merecen». Aunque su obra anterior, *Animal Farm*, constituye una sátira que apunta al estalinismo, algunos estudiosos de sus obras consideran que el Gran Hermano en 1984 sería el propio Sir Winston en una Inglaterra posbélica devastada y sometida a un racionamiento que dura hasta 1953.

La mediocridad actual es evidente, en la mesa, en el cine, en las artes, en los políticos que nos gobiernan, en los talentos de las personas, cada vez más egoístas y superficiales. Parecería que solo importa lo propio, llenar la panza de comida basura, consumir gadgets de tecnología absurda creciente —teles inteligentes, juegos virtuales, teléfonos esclavizantes...—, pasar la vida enganchados al WhatsApp, a internet, a las malditas, inútiles y hasta cierto punto perversas redes sociales.

Al hilo de un incidente, saldado con una tetraplejía inicial y casi un año de hospitales, consistente en una agresión brutal con una rama de castaño —un castañazo en toda regla—, *Tiempos Mediocres* deshilvana las aventuras y desventuras del personaje central, Julio, incidiendo sobre elementos personales de su vida pretérita y actual, autoexiliado a la vida solitaria y saludable en una finca familiar aislada, salvaje y montuna, La Yedra. Junto a elementos de una trama vital se contemplan los aspectos de la realidad presente, con su carga de crisis económica, moral y política por la que atraviesa Occidente y el resto del planeta. Una realidad que, en opinión de Julio, es de una mediocridad creciente y que no augura un futuro diáfano a la sociedad.

Juliusbrutus  
Finca La Yedra, diciembre de 2015.



---

## A MODO DE ENTRADA EN LETRAS

Sentado delante de la panorámica ventana del salón de la casona de granito de La Yedra, la finca a la que, herido, medio paralítico, decepcionado, y muy muy cansado, he vuelto tras unos meses, casi diez, de ausencia forzosa, contemplo, no sin cierta melancolía, el bosque otoñal de los cien mil árboles que me rodea. La vista, de alguna manera, me reconcilia conmigo mismo, me da fuerza, me anima a completar el proyecto iniciado antes del episodio del garrotazo en el cráneo. En el horizonte sur destaca la inmensa planicie de La Mancha, salpicada por los Montes de Toledo y, en la brumosa lejanía, la andaluza sierra Morena. En los días claros se ven, azuladas, las serranías del Pozo y Cazorla, distantes no menos de doscientos cincuenta kilómetros en línea recta. En mi estado —tengo que moverme con muletas— la cuesta arriba se me antoja casi vertical. Nadie ha creído que fuera a regresar, pero yo lo tenía claro incluso cuando me debatía incómodo en posición obligada horizontal, tetrapléjico y desesperado, sondado para orinar y defecando entre las piernas, cuando lleno de optimismo cambié el hospital de Salamanca por el del Ruber en Madrid y me puse en manos de un eminente neurocirujano.

Arranco así esta novela que quiere ser muchas cosas —global, veraz, esperanzada, positiva dentro de lo que cabe, realista e ilustrada, total, la historia de un fragmento de mi vida conflictiva, acaso el más conflictivo...—. Esto de escribir sigue siendo la esencia de mi proyecto vital, acariciado largamente durante los años funcionariales, cuando me ocupaba del comercio exterior en países imposibles o exóticos. Y por

---

fin ha aparecido el bancal deseado, donde cultivar frutos de la tierra y del espíritu. Sin embargo, permítaseme una digresión inicial, la de exponer mi visión del mundo. Y aunque resulte algo pesado y a fuer de muchos un enfoque pesimista. Claro, dirán, en su estado como para no ser pesimista. Pero no, a pesar de lo obvio no me considero pesimista, tan solo realista.

En estos tiempos mediocres que vuelan sin tregua ni descanso, tiempos de cambio climático, probablemente debidos mucho más al ciclo que a la perversa mano del depredador-rey que es el hombre, me encuentro otra vez de cara al obstáculo de la vida. Solo ante el peligro de vivir, en mi caso un peligro evidente, abrazado en el pasado en múltiples ocasiones, de niño como de adulto, adosado a los deportes, las motoras, los mares o los viajes por el ancho mundo y, ahora, ligado a la vida de monte, y acentuado por las secuelas físicas del incidente que les voy a relatar y que a punto estuvo de costarme mi azarosa vida de gato sietevidas. O sea, de nuevo al borde del precipicio insondable.

Sepan que a lo largo de más de medio siglo de existencia he soporado, con bastante estoicismo y algo de humor, a veces cínico y otras sarcástico, hasta siete traumatismos craneoencefálicos graves, casi todos ellos con pérdida de conciencia y de memoria. Aunque solo dos han motivado el ingreso en instituciones hospitalarias. Este que voy a relatar, el último por ahora, sucedió tras mi defeción definitiva de la sociedad, hace algunos años al hilo de episodios acumulativos que fueron dejando su poso ponzoñoso, refugiándome en la propiedad familiar de Gredos, una finca montuna que mi padre había adquirido en los cincuenta del siglo anterior e invertido, sin retorno posible, sus ahorros de una larga vida que, inmerecidamente, acabó en Alzheimer clásico, es decir, pequeños despistes y pérdidas de memoria al principio, toma de conciencia agresiva del asunto en ciernes, síntomas en progresión geométrica, reclusión en centro de mayores y, finalmente, muerte. Un proceso de más de diez años, cruel a más no poder. Hubiera merecido sin duda dejar el valle en uno de sus lances de riesgo y no de esa infame manera. Y aquí en este bosque creado a golpes de esfuerzo personal paterno me retiré a lamer mis heridas. Y aquí recibí un estacazo de muy señor mío en toda la cocorota, efectuado por el canalla de turno, por la espalda y sin aviso previo alguno, un tremendo impacto con una estaca de castaño que aquí llamamos «porra», pues el entronque con el árbol es más abultado y se parece a la pezuña de un equino.

---

Pero de momento, transcurridos tres años desde el castañazo, tan solo quiero hacer un apunte sobre este invierno, aunque estemos en plena primavera. Enfrentados al tercer año consecutivo de sequía, aunque los pantanos de algunas cuencas estén llenos, apenas se ha notado el invierno estacional. Ahora, en pleno abril del dos mil siete, es cuando ha aparecido, domado eso sí por lo avanzado del año, con sus fríos, lluvias, nieves y nieblas. Hemos disfrutado de un anticiclón que ha durado tres meses, desde noviembre, con temperaturas cuasiveraniegas y cero precipitaciones. Hasta el punto de haber desconectado la calefacción en enero. Dicen que es por culpa del efecto invernadero, producido por quemas de combustibles y nubes de gases de CO<sub>2</sub>, lesivas y tóxicas para el aire de los cielos. Aunque últimamente ha cambiado el análisis y parece que lo realmente nocivo no es el CO<sub>2</sub>, sino el NO<sub>2</sub>, el dióxido de nitrógeno, un nocivo compuesto del principal componente de la atmósfera terrestre, el nitrógeno.

Es indudable que la presión de la explosión demográfica del siglo anterior, consecuencia del progreso científico y económico, que ha llevado el stock de población —¡y de vacas!— hasta cotas superiores a los siete mil millones de personas que viven hasta los ochenta y más, se ha hecho notar sobre los recursos del planeta, sobre los elementos clave para la vida, aire, agua y territorio. Un aserto especulativo que en todo caso es más evidente en casa de los gendarmes mundiales, USA, China y Rusia, que consumen combustibles fósiles como si fueran infinitos. Leí en un National Geographic, órgano controlado por el imperio occidental, que solamente en una central térmica de los Apalaches, abastecida por un tren más largo que un día sin pan, se quema un volumen de carbón de dudosa calidad que produce, en un solo día, una cantidad de dióxido de carbono equivalente al que expulsan a la atmósfera todos los vehículos del mundo en un año. Algunos de los bosques del mundo están extinguiéndose, bien sea por las talas masivas o por fenómenos naturales de fin de ciclo. Ello supone alteraciones de los niveles de aguas y oxígeno, pero nadie ha sido capaz de medir esos perniciosos efectos con solvencia, lo que no ha sido óbice para que muchos Al Gore se hayan forrado con el cuento de terror. Por eso no se puede afirmar, apocalípticamente, que nos estemos cargando el planeta. Más bien se trataría de uno de los recurrentes ciclos de enfriamiento-calentamiento que han sido en tiempos remotos y menos remotos y que, naturalmente, determinaron trasvases de poblaciones animales hacia las zonas menos ingratas para la subsistencia, desaparición de todo tipo de especies bajo los hielos o las

---

arenas, extinción de vida animal, secuencias de cataclismos de diverso pelaje, como tsunamis, inundaciones, terremotos y demás, y, en fin, la evolución o regresión de las condiciones vitales de este jardín, rocoso o selvático, que es nuestra querida Tierra. No queda tan lejos la última glaciación, hace tan solo unos cuatrocientos siglos, que trajo consigo la extinción de la especie Neanderthal, entre otras, y que se prolonga en oleadas gélidas subcíclicas hasta los albores de nuestra actual civilización. Acaso nos queda en el subconsciente el recuerdo de las inundaciones que acaecieron al subir las temperaturas allá por el décimo milenio antes de Cristo. La Biblia así lo recoge en el episodio del famoso diluvio universal. Mi parecer es más bien que los síntomas más preocupantes son el ensanchamiento de la brecha del bienestar, la de la dicotomía pobreza-riqueza, y la previsible disputa de los bienes escasos factoriales como el agua y el territorio.

Se dice, posiblemente con fundamento, que la especie humana se origina en África, concretamente en su cuerno. Hace unos cuantos millones de años. Lucy y sus congéneres no eran ni muy fuertes, ni muy altos, ni siquiera muy erguidos, vivían pocos años y no hablaban. Acaso pensarán como lo hacen, aparentemente, algunos animales superiores, los orangutanes o los perros, sin ir muy lejos en el paradigma. Hasta que aparecen vestigios sólidos de civilización, como la escritura cuneiforme, hace poco más de seis mil años —¡seis mil años!, ayer mismo—, no se sabe qué fue de las especies humanas de África. Quizás se reprodujeron en exceso y tuvieron que buscarse la vida en otros continentes, tal y como sugieren hallazgos antropológicos en tierras euroasiáticas. El estudio de los ADN relaciona estos restos con los africanos, a pesar de su comparativa modernidad. Obviamente, cuando sobrevienen los últimos aludidos hielos, en Asia solo se hace posible la vida al sur de la gran cordillera, en los subcontinentes indio e indochino y en las islas indonesias. Algo de vida humana debió de encontrarse también en el continente austral y en América, aunque a menor escala, a juzgar por los escasos restos heredados. Se cree que, desde la retirada de los hielos, las fuentes básicas demográficas del planeta se ubican en los dos subcontinentes euroasiáticos, débilmente separados por la espina dorsal de los Urales, en el centro norte, y por dos mares interiores y cordilleras en el sur. Al aumentar la población, en la consabida progresión maltusiana, y no hacerlo los recursos, silvícolas o agrícolas, más que en progresión o regresión aritmética, la migración de los más desfavorecidos tuvo por fuerza que acontecer. Los antropólogos lo bautizaron como el «gran

---

desfile de los pueblos». Primero, desde los valles subtropicales hacia los territorios más fríos de la ladera sur de la gran cordillera, los actuales Pakistán, norte de la India, Yunnan, valles del Yangtsé, Mekong o Irawadi, Corea, Japón... A medida que se fueron llenando estos espacios, se impone la conquista del Oeste. Los más colonizan por el sur del paralelo 40, por las planicies de Irán hasta el grato valle mesopotámico y el llamado Creciente Fértil; otros por el norte, a uña de caballos y camellos, luchando con el frío, hasta poblar las entonces gélidas planicies centroeuropeas y las mucho más templadas penínsulas mediterráneas. Un proceso que duró unos cuantos milenios, con regresiones climáticas y demográficas, guerras de posesión territorial y pandemias devastadoras. Sería de agradecer la existencia de estudios demográficos de los primeros cinco milenios posglaciares. Claro que nada avala la secuencia migratoria norte-este-oeste, acaso fuera al revés o de manera cuasi-simultánea. Lo que sí parece seguro es que estas gentes, en un periplo de varias generaciones, cruzaron el helado estrecho de Behring y dieron luz a los pueblos autóctonos de las Américas, desde el Yukón hasta la Patagonia.

La evolución cuantitativa de la especie humana se verifica, en estos inicios, con lógica lentitud, adquiriendo carta de justicia y de naturaleza la reproducción. «Creced y multiplicaos», nos dice el profeta. La progresión enfrentó las dificultades de rigor: guerra, cataclismo, peste, hambre. Hagamos ciencia ficción con los guarismos. Pero asumamos una hipótesis continental. En los demás continentes, la población se estanca o retrocede. Tan solo en Eurasia se produce el fenómeno de la civilización y, por tanto, de la expansión demográfica. La hipótesis se apoya en la ciencia arqueológica y en los inventarios de inventos que posibilitaron la mayor productividad de la actividad agrícola y fabril. La rueda, el papel o la forja parecen ser descubrimientos euroasiáticos. Incluimos, claro está, a Egipto, heredero de la civilización sumeria y con una economía abundante en el factor humano, los negros del vecino interior del continente africano. Partamos de otra hipótesis para centrar el fenómeno. A esta humanidad le costó diez mil años llegar al mágico guarismo de cien millones de habitantes, alcanzado plausiblemente en los albores del Imperio Romano. Y follando como leones se llega al año mil de nuestra era con un stock útil de quinientos millones. Seguimos fornicando a diestro y siniestro y hacia 1850 se dobla el guarismo: mil millones. Con la aparición de la penicilina y la producción en cadena, a pesar de las tremendas guerras y epidemias, el éxito sobreviene y, así,

---

en poco más de cien años, se consigue multiplicar por seis la cifra. Año 2000, siete mil millones de habitantes (y subiendo) con una esperanza de vida inusitada, más de setenta años. Las proyecciones acarician en el relativo corto espacio temporal de 25 años dos espectaculares números: uno consecuencia de lo inexorable de la fórmula geométrica  $(1 + r)^n$ , donde  $r$  es la tasa de crecimiento y  $n$  el número de años, lo que nos da unos 10 000 millones de personas. Otro es el de la esperanza de vida, seguramente de cien años o más. Ya se sabe que también se palma de éxito..., y de risa.

Y es que la gente olvida ciencia y argumentos y prefiere a los jinetes apocalípticos, apelando al regusto por la tragedia que alimenta el paupérrimo espíritu humano. Y de paso al sempiterno rebufo de insatisfacción que caracteriza la especie. Dos trazos de carácter que han permitido, en definitiva, llegar hasta donde estamos (algunos), a un bienestar material sin precedentes cuyo contrapunto es el abandono de la superchería, mal llamada espiritual, de las religiones trascendentes. Posiblemente las generaciones futuras serán víctimas de este éxito que, como es lógico e inevitable, acarreará fenómenos negativos de ajuste. Rotos los equilibrios, el ajuste es de cajón. Guerras, plagas, holocaustos, maremotos y otros elementos del arsenal de ajuste van a hacer acto de presencia en el horizonte más o menos mediato. Y se nos oculta, mediática y políticamente, acaso el principal de los problemas del momento: la insostenible expansión geométrica, maltusiana, de la población. Y también se nos escamotea otra insostenibilidad, la del sistema global de consumo de masas. Se superponen los dos círculos viciosos, el de la población y el de la economía. Por una parte, más gente equivale a mayor demanda, presión sobre los recursos escasos, ajuste vía precios, rebelión y guerra, crisis..., la famosa maldición maltusiana. Por otra, mayor demanda conlleva ajuste al alza de la producción, mayor empleo, necesidad de permanentes tasas de crecimiento para mantener el statu quo de ese empleo. Al ser el mantenimiento de esas tasas las que, precisamente, predeterminan la crisis larvada que se va aplazando mediante parches, hasta una previsible crisis final con el derrumbe del sistema de consumo masivo, miseria creciente y surgimiento del famoso ejército de parados de la no menos famosa maldición marxista-leninista. El solapamiento o simultaneidad de ambas crisis, demográfica y económica, solo predetermina la virulencia del cataclismo. Probablemente, al igual que ocurre con muchas enfermedades víricas, será un proceso lento, irreversible y que acabará con el organismo. Y es que el depredador-rey es un virus para el planeta.

---

Aunque es posible que la extinción sobrevenga a más corto plazo y desde el espacio. El otro día me sorprendió la noticia radiada, por cierto, no reiterada en los medios, del bautismo de un nuevo cuerpo celeste, un meteorito concretamente. En honor del dios-serpes del panteón egipcio. Apofis parece ser que era una serpiente que nunca moría, a pesar de que la única manera de escapar a su perversa actividad destructora era matándola. Contradicciones del acervo universal de dioses y asimilados. Pero la muy puta sierpe siempre renacía y amenazaba al mundo —por entonces limitado al bajo Nilo y su fértil delta—. Parece que este meteorito, que viene flechado hacia nuestro querido planeta, tiene un diámetro de 300 kilómetros y 60 000 millones de toneladas de peso. Su impacto equivaldría a 60 000 Hiroshimas. En 2029 pasará a 300 000 kilómetros de la Tierra, afectándose las dos órbitas, la nuestra y la de la roca espacial. Pero tras un periplo alrededor del sol volverá para el 2036, fecha en la que la probabilidad de colisión se sitúa en uno sobre cincuenta mil. Los científicos no han especificado si el Armagedón volverá cada siete años afinando la puntería.

De manera que, en el medio plazo, en los próximos doscientos años, enfrentamos las tres crisis de clima, población y sistema económico. Las tres son interdependientes, me temo. La del clima, íntimamente relacionada con la economía al pensar de algunos, ya muestra sus sucios dientes: calentamiento global, desertización y catástrofes variadas; la crisis de población es más que evidente; y la del capitalismo empezó con Marx, pero avanza con rapidez en este inicio de milenio: en Grecia más de la mitad de la población es antisistema, como en España o Francia. Y eso que precisamente en estos países se vive con la máxima calidad y disfrute del insostenible estado de bienestar.

El famoso 1984 —poco importa si hay que cambiar el título a 2084 o incluso 2184—, la obra maestra del funcionario Orwell, aparece en el horizonte y gana altura, como si fuera un faro siniestro que atrae a los barcos al vórtice. Ya hoy el mundo se parece mucho a las negativas descripciones de mi amigo inglés en su granja de animales o en los lóbregos sótanos de los ministerios de Oceanía. De momento el matiz diferenciador no es otro que el de abundancia frente a escasez, siempre en el primer mundo. Pero todo se andará cuando sobrevenga la crisis del sistema en su conjunto —clima, población y capitalismo, no se olvide— y ya hoy estamos asistiendo a fenómenos de corte autoritario orwelliano, por ejemplo el carnet de conducir por puntos, la vigilancia desde helicópteros para multarte si te comes un bocadillo

---

o hablas por el móvil mientras conduces, el control asimétrico de la hacienda pública, la manipulación, burda y vulgar, sí, de los medios de información, o la uniformidad creciente de los patrones de consumo y conducta. A no olvidar los ficheros de internet, donde aparece la más nimia anécdota de los habitantes de Occidente, ya sea el número de hijos, las deudas con Hacienda o las multas de tráfico. Si las masas se rebelaron tras las dos grandes guerras, según el gran filósofo español Ortega y Gasset, ahora es el turno de las autoridades, de los grandes hermanos. Mientras tanto, en Occidente se hunde la natalidad y la potencia sexual del varón. La seducción se va limitando al votante. La gente solo aspira al bienestar material y a la inmortalidad. El telón ya está subido y la obra teatral, la tragedia cósmica de la especie, está escrita y en producción.

Esbozado someramente el problema demográfico y siguiendo con mi enfoque acerca de la realidad, toca ocuparse de otros aspectos, por ejemplo, la economía. Siendo economista, y a tenor de que, junto a los médicos, es una profesión en la que se degüella a los colegas y sus pensamientos y teorías sin ambages, es obligado que formule una toma de posición. De las ideas disponibles en la actualidad —apenas un trío— me decanto por la Escuela de Chicago liberal. Aunque me formé como poskeynesiano, en el equilibrio general, y asistí algún tiempo a las clases socialdemócratas de la London School, las teorías del insigne lord Keynes han muerto en el largo plazo. Seguramente de éxito. Y me explico.

En realidad, mis simpatías se sitúan con el antecedente ideológico liberal de los fisiócratas franceses, modelo simplón formulado allá por los albores del siglo XIX. Su credo se destila en el famoso «laissez faire, laissez passer, le monde va de lui même». No se puede ser más escueto en prognosis. La traducción contemporánea es no-intervención, pertinencia del mercado o liberalismo, tanto da. Del modelo marxista comunista, en el que el Estado detenta dos de los tres medios productivos, tierra y capital, y regula el mercado de trabajo con mano de hierro estatal, no cabe decir gran cosa, tan solo constatar su fracaso histórico y teórico, aunque en algunos países surgen rebrotes al amparo de un peligroso populismo, una maldición en franco aumento. La razón última de esto es la insatisfacción envidiosa de los más desfavorecidos que no acceden a los bienes de lujo —casoplones, yates y cochazos—, pero sí a todo lo demás, incluidas las subvenciones intervencionistas que no estimulan precisamente la productividad y las ganas de trabajar. Y por



---

último está el modelo en vigor mayoritariamente, el del intervencionismo de corte paternalista socialdemócrata que pretende mantener y ampliar un estado de bienestar que la gran mayoría cree infinito. Teñido en parte con mechas liberales.

Debo profundizar un poquito en este último modelo socialdemócrata, ya que hay que demolerlo con la crítica, por perverso, obsoleto e inútil, además de precursor del fracaso de Occidente y catalizador de una próxima, y definitiva, guerra global. El siglo XX se inició con el aún modelo decimonónico del neoclasicismo económico —escuela inglesa de Marshall—, aderezado con un sistema financiero internacional basado en el patrón oro. Bueno, era un modelo civilizado tan solo vigente en el mundo imperial que depredaba las colonias y mantenía un sistema de clases binario: unos pocos ricos apoyados en las clases media y del proletariado, el famoso concepto marxista cuya ruina, desplazados por las máquinas, desembocaba en un ejército de reserva de parados que iba a suponer el fin del capitalismo. Sin pararse a medir que mercado y capitalismo, dos elementos tan naturales como el hombre y el bosque, son los pilares de cualquier economía. Sin embargo, este modelo se finiquita con la primera Gran Guerra, llevándose de paso por delante algún que otro imperio y trayendo la euforia revolucionaria comunista y bolchevique, el leninismo. Al quedarse el mundo sin sistema la paz no trae bonanza y la Gran Depresión hace su aparición. Aunque inspira a lord Keynes para dar con un modelo viable y definitivo, el del equilibrio general. Miembro del grupo de intelectuales ingleses, Bloomsbury, mayoritariamente de ideología socialista, sus ideas no maduran en una política concreta, entre otras razones porque el equilibrio general es un modelo de corto, de cortísimo plazo y de una lógica inestabilidad. La nueva Gran Guerra impide que se pongan en práctica los elementos del nuevo modelo.

Tras la paz de 1945 la reconstrucción de las planchadas economías europeas se convierte en fértil terreno donde experimentar las teorías keynesianas. El papel de los estados de las democracias victoriosas, reforzado con el dinero americano del Plan Marshall, se concentra en favorecer el crecimiento económico mediante cuantiosas inversiones en obras públicas y subvenciones a las industrias privadas. El caso de Japón es paradigmático al transformar la industria bélica, al mando de los generales Sony, Mitsubishi, Toyota, etc., en industria civil. Hasta en el improductivo régimen soviético, la reconstrucción genera espectaculares tasas de crecimiento, demanda y empleo. La década de los sesenta

---

con su guerra fría permite el definitivo despegue de los EE. UU. como primera potencia y gendarme mundial, secundado eficazmente por sus socios en la OTAN.

Sin embargo, la crisis del petróleo de 1973 da al traste con esta fase generalizada de expansión. Espoleados por la presencia indeseada de los judíos en Israel, algo debido a la generosidad inglesa poscolonial e interesada, los países productores de Oriente Medio precipitan la escalada de los hasta entonces exiguos precios del barril de petróleo. Y así, de crisis en crisis, se llega a la economía global y a la Depresión de 2007, aún coleando por doquier en el mundo occidental. Y los poskeynesianos gobiernos, con ribetes de socialdemocracia, aunque sean mayoritariamente conservadores, se ven obligados a incurrir en deudas desorbitadas que permitan mantener el gasto social y, con este, sus masas electorales. Naturalmente se llevan a cabo ajustes imprescindibles para impedir la quiebra de los Estados, muchos solapados, pero otros salen a la luz y los partidos de izquierda, nunca silenciosos, comienzan con la cantinela de acusaciones. Sin embargo, las grandes mayorías populares, que han accedido a un bienestar y niveles de consumo sin precedentes en la historia, se resisten a aceptar recortes o cambios que pongan en duda los logros sociales, lo que predetermina una catarata de errores conscientes de política económica de los gobiernos democráticos deseosos de no perder el favor del elector. Así las cosas, no se ve en el horizonte posibilidad alguna de que el modelo insostenible del bienestar infinito se sustituya, siquiera suavemente, por el ortodoxo liberalismo. Y por supuesto se engaña al contribuyente y elector con promesas imposibles de cumplir con tal de no perder el poder. Y se marea la perdiz con asuntos intrascendentes, como la memoria histórica, nuevos servicios públicos, subvenciones absurdas o telebasura. El abismo está a la vuelta de la esquina.

«Qué negativo panorama», dirán algunos. ¡Qué pesimismo! Yo les contestaría que jamás se llevó a efecto cambio alguno sin dolor y violencia, y mucho menos sin coger el toro por los cuernos. Si no queremos acabar en el modelo Gran Hermano de Orwell, más vale que vayamos aumentando los efectivos de los liberales, a los que nos repugna el intervencionismo y los palos en las ruedas del libre mercado. Como decía un amigo mío muy sardónico: el decimoprimer, que Moisés no pudo, o no quiso, bajarse del Sinaí, decía «no subvencionarás». Por supuesto el tal Moisés también se dejó otro pesado montón de tabletas con mandamientos: no contaminarás, no cometerás excesos, no consumirás com-

---

pulsivamente, no talarás los bosques a matarrasa, etc. Insisto, yo por si acaso he huido al monte donde espero que no lleguen los tsunamis que se vislumbran en el horizonte más o menos mediato.

&&

